

Renato Cristi. *La tiranía del mercado. El auge del neoliberalismo en Chile*. Lom Ediciones, Santiago, 2021, 270 páginas.

Este nuevo libro de Renato Cristi examina “la filosofía pública quintaesencial que define a Chile a partir de 1973” (p. 21), es decir, el neoliberalismo, una doctrina que ha arraigado profundamente en el *ethos* cultural del país. El propósito de “exponer críticamente los supuestos teóricos del contractualismo neoliberal y de la génesis de la Constitución del 80, inspirados en la filosofía política de Hegel”, se amplía en este libro: “La idea que me guía ahora es la de completar ese proyecto, pero no de una manera sistemática y abstracta, sino considerando distintos aspectos concretos del enraizamiento institucional del neoliberalismo en Chile, principalmente en lo que se refiere a su capacidad de impregnar el texto constitucional y la mentalidad de los chilenos” (p. 26).

No se trata, pues, de la doctrina económica; el neoliberalismo ha instalado un nuevo orden económico, pero, sobre todo, se ha convertido en una “filosofía pública”, que ha permeado las instituciones, las prácticas y costumbres, en una palabra, se ha convertido en un modo de vida. Desde otro ángulo, ha disuelto lo que Hegel llamó la *Sittlichkeit*: una forma de comunidad unitaria y homogénea, en la que prima el “nosotros” y conserva indemne el sentido de pertenencia grupal. Renato Cristi asocia este modelo societario a la tradición republicana chilena, de modo que está en liza aquí una relectura de la historia de Chile del último siglo.

La *Sittlichkeit* comporta, en efecto, un corte o ruptura respecto de toda forma de contractualismo (¿y de liberalismo?). Hayek en particular, estima que ese tipo de comunidad se encuentra solo en las formas primarias de sociabilidad —la familia, la tribu, el clan—, basadas en lazos de parentesco, que procuran seguridad y protección. Pero, en sociedades más complejas y diferenciadas, los vínculos jerárquicos entre sujetos autónomos requieren de legitimación, y los lazos parentales solo brindan confianza, no legitimidad. De allí el apodo “socialista” —o “estatista”, en lenguaje común—, que Hayek dispensa generosamente a todo ideario o sistema que niegue el conflicto (y la competencia) como inherente a la sociedad; un uso laxo del término, que tiene su réplica en el “neoliberalismo”, convertido en arma arrojada y Caja de Pandora en la pugna ideológica.

La *Sittlichkeit* es, pues, un concepto nodal: traza una línea divisoria. Si se afirma la *Sittlichkeit*, se acepta la idea de una sociedad reconciliada, sin conflictos; la negación de la *Sittlichkeit* supone, en cambio, el pluralismo y el conflicto (la cooperación es igualmente originaria). La sociedad plural exige la ficción constituyente del *contrato*, es decir, sujetos económicos, que “pactan libremente” en el mercado. La negación de este pacto, implica su reemplazo por la voluntad de una autoridad, que sabe lo que es el bien, y decreta: *esto es bueno para todos*. Sustitución que llevaría, progresiva pero inexorablemente, a la hegemonía del sistema político sobre el sistema económico, es decir, al cierre de la “sociedad abierta”. Este es el núcleo del neoliberalismo de Hayek: responde a la necesidad de redefinir el liberalismo clásico en tiempos de guerra fría, ante el ascenso de la social democracia y del keynesianismo.

La negación de la *Sittlichkeit* y del “estatismo” es el escándalo inicial del neoliberalismo en Chile: una doctrina “paradójicamente anti estatal en una nación formada por el Estado”, reclamó Mario Góngora. Su idea que la nación es creación del Estado y que “Chile no existiría sin el Estado”, tiene cierta apariencia hegeliana. Hegel concibe el Estado como la *voluntad racional* de la nación, no diría que Alemania “no existiría sin el Estado”, pero afirma que “Alemania no es un Estado”. Una opinión similar a la de Góngora, en otro registro, había expresado Aníbal Pinto, cuando denuncia un relativo sobre-desarrollo jurídico-político en un sistema productivo enteco (*Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Editorial Universitaria, 1951, 1973).

Frente a la lectura cepalino-marxiana del “desarrollo frustrado”, y la de Hayek, que supone que Chile conoció el mercado recién a fines del siglo XX –así justificó las políticas de *shock*–, el autor propone una singular lectura hegeliana de la historia de Chile 1973-2021. Saca la discusión del ámbito económico y la resitúa en la compleja trama de una historia de las ideas neoliberales, muy bien documentada, que trascurre a contrapelo de un pasado republicano de inclusión, cuyo emblema es la Constitución de 1925. Queda pendiente, no obstante, la pregunta: ¿Por qué esa capacidad de permear las prácticas?, de “impregnar las instituciones” y remodelar el *ethos* cultural? Si ha calado tan hondo el neoliberalismo en la mentalidad del chileno ¿no es porque respondió a necesidades, que una larga tradición –monárquica, hispano-católica y luego republicana–, nunca pudo resolver ni quiso enfrentar? Si es así, se confirmaría la denuncia de un desequilibrio endémico en el “desarrollo frustrado”: una cabeza desmedida en un cuerpo raquítrico (en otros lenguajes: un “desarrollo de las fuerzas productivas” limitado por las estructuras de poder; un “exceso de *grasa*” en el Estado; en fin: la resiliencia histórica –frente al capitalismo–, de un monstruoso *Leviatán* creado por la formidable máquina de guerra de la monarquía colonial). Ese engendro, que nos sigue como nuestra propia sombra, también modeló las costumbres y el *ethos* cultural; la denuncia de su “gordura” representa la propia “contradicción performativa” del (neo) liberalismo, pues lo cierto es que la cuestionada “modernización neoliberal” dejó pendiente, entre otras cosas, la “modernización del Estado”, que solo ha alimentado las retóricas partidarias.

Sobre la profundidad del “enraizamiento” del (neo) liberalismo, caben otras preguntas: ¿Por qué el lema “terminar con el modelo”, se ha convertido en el primer mandamiento de un catecismo? Ese finiquito imaginario hace tabla rasa de los convenios y acuerdos internacionales firmados en las últimas décadas: no es gratuito borrarlos con el codo. Los reclamos de “sueldo mínimo garantizado”, “asignación familiar de emergencia”, “pensión básica solidaria”, “salario ético”, no surgen de consumidores ávidos. El (neo) liberalismo ha fragmentado y atomizado la sociedad, ha acentuado el *individualismo*. Pero, ¿es posible una democracia sin apellidos –como “popular”, “proletaria”, “protegida”–, sin apelar a la ficción de sujetos autónomos que “pactan libremente”?

Al concluir esta lectura, uno queda reconocido con el autor: por su singular aporte a la discusión de la “filosofía pública” neoliberal en Chile, por su enorme y valioso trabajo de reconstitución de la historia de las ideas y por el poder sugestivo de su propuesta. Por mi parte, me reconforta que a Renato Cristi nunca le haya abandonado la preocupación por los asuntos de su país; su ausencia ha sido, para la universidad, una

gran pérdida –necia, sin sentido–, pero, a la vez, un aguijón en nuestra vida intelectual, porque en el debate de las ideas, sigue con nosotros, afortunadamente, aportando perspectivas distintas, sugerentes y provocativas. Se lo agradecemos de veras.

Marcos García de la Huerta
Universidad de Chile
marcos.garciadelahuerta@gmail.com